

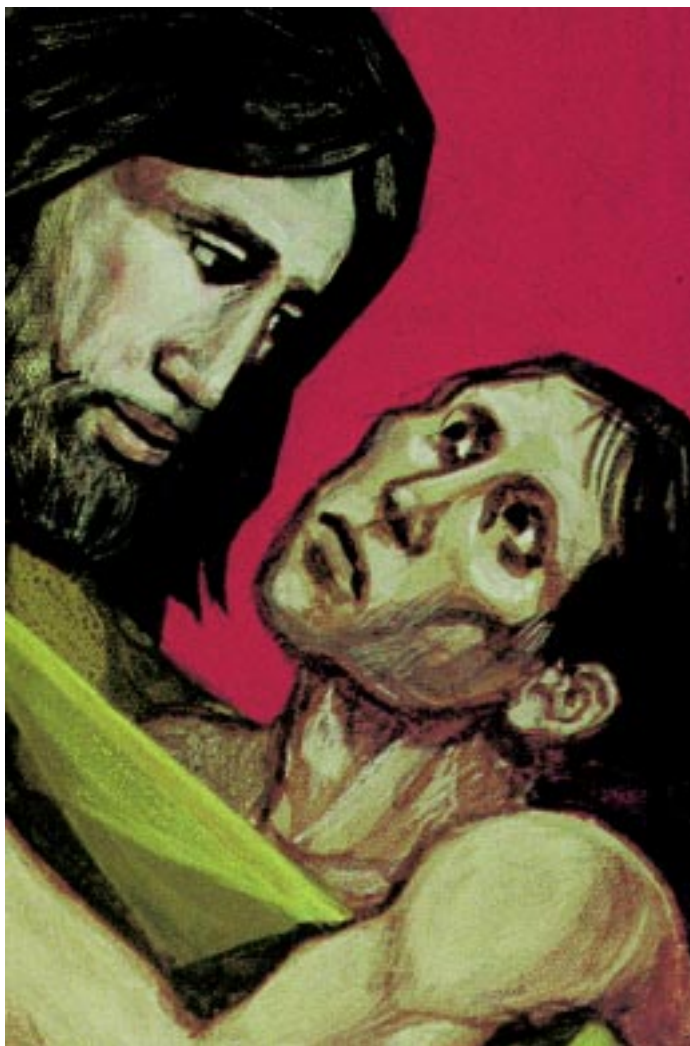
Cómo atender a los enfermos

Hugo Estrada

A Jesús le llevaron un sordomudo para que lo curara. Jesús comenzó por aislarlo de la gente, lo sacó de la ciudad. Luego le metió los dedos en los oídos, le puso un poco de saliva en la lengua; suspiró, vio hacia el cielo. Ciertamente, el Señor no necesitaba de tantos gestos para curar al sordomudo. El enfermo no podía comunicarse con Jesús por su mudéz y por su sordera. Por eso el Señor se valió de todos estos gestos para poder comunicarse con el enfermo. A Jesús no le interesaba únicamente curar su oído, su lengua; Jesús quería una curación integral: alma y cuerpo.

El Señor, en esta escena, parece un curandero de aquellos tiempos. Por medio de los gestos, Jesús quiere ayudar al sordomudo para que “reaccione” positivamente desde un punto de vista psicológico y espiritual. Alma y cuerpo. Muchos enfermos están bloqueados psicológicamente por algún trauma de su vida. Necesitan que se les ayude a desbloquearse. Jesús se sirve de todos los medios humanos de aquel tiempo para ayudar al paciente a superar su embotamiento psicológico. Esto nos hace recordar otras curaciones similares. A un ciego le pone un poco de lodo en los ojos y lo manda a lavarse a la piscina de Siloé. Mientras el ciego va a la piscina, su fe se va acrecentando hasta que ya puede confiar plenamente en Jesús y queda curado. Lo mismo les sucedió a los leprosos. El Señor los envió a presentarse al sacerdote. Mientras van corriendo, su fe se va activando y les llega la curación.

Para Jesús los enfermos no eran piezas de un engranaje humano. Jesús



atendía personalmente a los enfermos. Se metía en su situación, en su problema. Ante el sordomudo, Jesús “suspira”. De esta manera quiere comunicar que se identifica con su pena, con su tragedia. Jesús, además, “mira hacia el cielo”. El no quiere que lo confundan con un “curandero”, el sordomudo debe darse cuenta que Jesús, al mirar al cielo, está orando, y no llevando a cabo una curación de tipo mágico.

El Señor nos enseña, en este pasaje de San Marcos (Mc 7, 31-35) cómo la Iglesia, Sacramento de Salvación, debe atender a sus hijos enfermos. El que sufre por la enfermedad debe ser atendido personalmente. Debe tratarse por todos los medios dispo-

nibles, de que exista “empatía” con el paciente. El enfermo no debe sentirse como una “pieza” más del enorme engranaje humano. Todos los recursos humanos y sobrenaturales deben emplearse para que el enfermo pueda sentirse “amado”, “comprendido”, para que pueda superar sus bloqueos psicológicos y espirituales. Jesús no se avergonzó de emplear tantos gestos para curar al sordomudo; no hay, entonces, ningún motivo para que nosotros desperdiciemos esta clase de recursos. La iglesia en sus sacramentos y sacramentales, hace gala de gestos de tipo visual y psicológico: el agua, el aceite, la sal, la luz, las manos. Santiago en su carta, manda que se unja con aceite al enfermo. La im-

posición de manos –como lo hizo Jesús– es un medio para que el enfermo se sienta protegido y amado.

Le abrió el oído

Lo primero que hizo el Señor con el sordomudo fue meterle los dedos en los oídos. Le dijo: “Effatá”, “Ábrete”. Dice la carta a los Romanos: “La fe viene como resultado de oír, y lo que se oye es el mensaje de Cristo” (Rm 10, 17). Lo primero que la Iglesia debe hacer con el enfermo, es “abrirle el oído” a la Palabra de Dios. Por medio de la Palabra se revoluciona nuestra vida. La Palabra nos entra por el oído y barrena nuestra alma. De aquí viene la conversión. Cuando alguien acude a una predicación, a la lectura de la Biblia, se está “exponiendo” a ser barrenado por la Palabra, y a que la fe venga o se acreciente. Un enfermo, en primera instancia, debe ser expuesto a la Palabra para que el terreno sea abonado y se encuentre preparado para recibir la curación que Jesús le quiere donar. Un enfermo con su oído bloqueado a la Palabra va a poner mucha resistencia a su curación, porque le va a faltar la dimensión de la fe.

Le soltó la lengua

Luego el Señor le soltó al mudo la lengua. Una vez que se ha destapado el oído, hay que dejar que el enfermo hable. La Iglesia, madre y maestra, debe ayudar al enfermo a que “se desahogue”. Al verbalizar su problema, él mismo se está psicoanalizando. Está buscando la raíz de su mal, que, muchas veces, es de origen psicológico o espiritual. Al enfermo le hace muy bien hablar. Es de gran importancia que haya alguien que “accepte” con paciencia escuchar las interminables historias del enfermo. En el mundo moderno, tan acelerado, nadie tiene tiempo para escuchar al otro. Una gran medicina para el enfermo es que alguien con “caridad” lo escuche. Tienen tanto que decir. Por medio de las palabras quiere desembuchar mucha amargura. Por medio de su hablar interminable ya se está operando la sanación. Sobre todo, hay



Jesús dejó su iglesia como ese hospital de misericordia para que, al curarnos unos a otros, sintamos a nuestro lado al mismo Jesús, que es el mismo “ayer, hoy y siempre

que buscar que el enfermo intente hablar con Dios. El primer diálogo debe ser una “confesión”. El salmo 32 lo dice claramente: “Mientras no confesé mi pecado, mi cuerpo iba decayendo por mi gemir del día... Pero te confesé sin reservas mi pecado y mi maldad; decidí confesarte mis pecados, y tú, Señor, los perdonaste”. Una confesión detenida y sincera ayuda mucho para la curación. En el fondo del corazón del enfermo hay un complejo de culpa. A veces piensa que Dios lo está castigando por algún pecado. Por esos hay que ayudarlo a que se le “des-trabe” la lengua; que después de hablar con nosotros, hable con Dios por medio de una buena confesión sacramental. La paz espiritual derriba bloqueos que impiden la sanación.

El aislamiento

Antes de curar al sordomudo, Jesús lo apartó de la multitud. Hay circunstancias en que los demás impiden escuchar con claridad la voz de Dios. El médico, a veces, necesita aislar al paciente; aparece en la habitación un rótulo que dice: “NO SE PERMITEN VISITAS”. Ni la esposa, ni los hijos. El paciente necesita soledad para poder clarificar su situación. Con algún enfermo sucede lo mismo. Su enfermedad también es producto de su aturdimiento, de su

manera vertiginosa de vivir. Necesita ser “hospitalizado” espiritualmente. Tiene que escuchar con claridad lo que Dios quiere de él. Tiene que analizar su relación con los demás. Para este efecto, la Iglesia organiza retiros espirituales, noches de oración, pláticas religiosas, reflexiones bíblicas. Hay que buscar que el enfermo tenga suficiente soledad y tranquilidad para que pueda escuchar lo que Dios tienen que decirle y para que pueda clarificar su situación delante de Dios y de los hermanos.

Dejarse “trabajar”

Dios tiene siempre un plan de amor para cada uno de nosotros. Lo mejor que podemos hacer para nuestra curación o la de otros enfermos es ponernos en sus manos con confianza. El sordomudo tuvo el acierto de abandonarse en las manos de Jesús. Dejó que el Señor lo “trabajara” a su modo. Jesús le metió los dedos en los oídos, le puso un poco de saliva en la lengua, lo sacó de entre la multitud y lo llevó aparte antes de ponerle las manos. Jesús suspiró y vio hacia el cielo. El sordomudo le permitió a Jesús todos estos gestos; no puso ninguna resistencia. Eso es lo que Jesús nos enseña a hacer en Iglesia con los enfermos. Hay que ayudarlos a buscar el silencio. El enfermo debe sentir a la Iglesia que se afana en destaparle los oídos para que escuche a Jesús. Debe sentir que la Iglesia toca sus labios y le enseña a rezar, a acudir, en primer lugar, a Dios. El enfermo debe ver que su Iglesia “suspira y mira al cielo”, que es un Iglesia, que como madre intercesora, ruega por él y lo acompaña en su sufrimiento.

Alguien ha dicho que la Iglesia es como un hospital. Todos, en alguna forma, estamos enfermos del alma o del cuerpo. Jesús dejó su iglesia como ese hospital de misericordia para que, al curarnos unos a otros, sintamos a nuestro lado al mismo Jesús, que es el mismo “ayer, hoy y siempre”.

